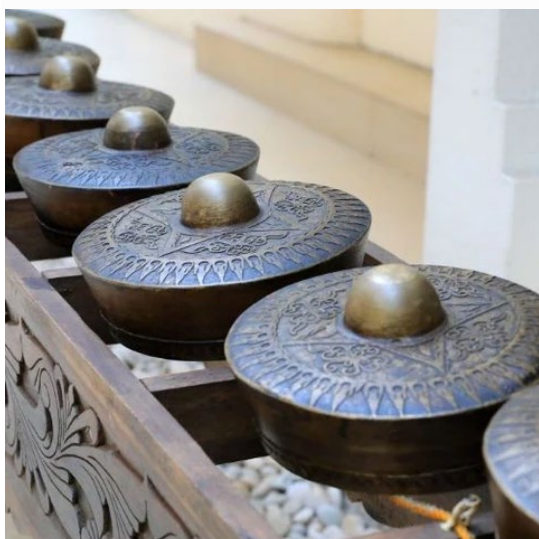


Kulintang

Autora: Teresa Dello Monaco



En Mindanao, una joven llamada Amira descubrió un antiguo kulintang, una hilera de gongs de bronce. Al golpearlos, sus voces brillaban como estrellas: «Una vez fui el alma de todas las reuniones», susurró el kulintang. «Unía a los pueblos durante bodas, festivales y desfiles. Hace mucho tiempo, eran principalmente mujeres quienes me interpretaban con movimientos tan gráciles como el agua fluyendo en los arroyos. Hoy, tanto mujeres como hombres comparten mis canciones, y soy feliz».

Amira practicaba a diario. Al poco tiempo, toda la aldea se reunió. Los ancianos recordaron cómo el kulintang en su día llevaba mensajes a través de las montañas, porque no había teléfonos ni smartphones, y los mensajes se enviaban a través del ritmo del kulintang, y los niños bailaban...

Pero el kulintang suspiró: «muchos se olvidaron de mí para cantar y escuchar canciones extranjeras, especialmente las canciones modernas americanas». Entonces, Amira recibió buenas noticias: "¡en tierras lejanas, músicos y profesores famosos han vuelto a traer la música del kulintang al mundo! Estudiantes de todo el mundo, incluso los que no son filipinos, ¡están ahora aprendiendo a tocar el kulintang!"

Los gongs del Kulintang resonaron con orgullo —¡ting, tang, tung!— y Amira hizo una promesa: «Yo también mantendré viva tu voz». Y así, la música del Kulintang volvió a oírse, uniando a personas cercanas y lejanas.